

Elisabeth Leithäuser (1914-2004)

„Me había dedicado únicamente a mi vida privada“

“En 1933 me incorporé a la resistencia activa. Los correos nos traían los volantes y nosotros también los hacíamos y durante las horas de la noche los pegábamos en las columnas de anuncios. Tengo la impresión de vernos en una de las colonias de pajaritos de Cassel, donde decíamos: ‘Yo hago los volantes, tú los pegas y tú miras si viene alguien.’ Karl Wloch – era redactor de “*Rote Fahne*” (bandera roja) y más tarde hizo carrera en Berlín oriental – venía a menudo a Cassel con material que traía para los camaradas. Yo siempre iba con él y jugábamos a la pareja de enamorados, cuando se acercaba algún peligro nos apoyábamos contra la pared y comenzábamos a los besuqueos. A pesar de esta estrategia pronto nos descubrieron y nos arrestaron.”

Cuando visité a Elisabeth Leithäuser para conversar con ella en 1986, recordó esos momentos dramáticos de su juventud. En 1915 cuando tenía un año es adoptada por una viuda rica perteneciente a una antigua familia frisona, que más tarde, durante la inflación pierde todo su dinero. Ella crece en Cassel. Muy pronto se dejan sentir tensiones con su madre adoptiva a causa de los prejuicios burgueses de la misma.

“Eso me hizo mala y renitente. También cuando mi madre por ejemplo decía: ‘Cuando seas mayor conocerás a un hombre, entonces le invitamos y ustedes se comprometen, y cuando yo sea vieja viviré con ustedes.’ Por entonces con catorce, quince años yo ya sabía que no quería algo así. Lo que yo quería aún no lo sabía.”

Con diecisiete años comienza su actividad política. Juntamente con Margot, su amiga de la escuela, ingresa en el Kommunistischer Jugendverband – KJV (organización juvenil comunista) – a causa de ser miembros del KJV a ambas no se les permite hacer el exámen del bachillerato. “Que me incorporara al KJV, tenía que ver con mi sentido de oposición contra el empobrecido mundo de apariencia burgués de mi madre adoptiva. Pero no sólo con ese mundo sino también con la situación general, sino no hubiera tenido la fuerza de soportar y continuar; probablemente me hubiera convertido en una nacionalsocialista o hubiera restado en una posición totalmente apolítica.”

Poco tiempo después descubre su inclinación lésbica: “Ser bisexual lo consideré siempre una gran ventaja en la vida, algo que me proporcionaba un mayor margen de experiencia. Las relaciones con mujeres han ofrecido siempre una escala más amplia, con aspectos más diferenciados en el mundo de los sentimientos.” Para ella, por el contrario, los hombres fueron en una escala mucho mayor “objetos sexuales”. “A pesar de que ya me habían echado de la escuela, en 1932 me fue permitido ir a una residencia para escolares en la campaña. De pronto existía entre nosotras algo que cambiaba tanto la relación como la atmósfera, así de un momento para otro. Sucedió en la sala dormitorio y nosotras nos esforzamos en no hacer ningún ruido. Esa primera noche transcurrió de una manera avasalladora y silenciosa. Cierro los ojos y nos veo, muy temprano a la mañana siguiente, era sobre la montaña Meissner en Hesse. Nosotras éramos jóvenes intelectuales que ya habían hecho cursos sobre Marx, ‘El Capital’ y todo lo demás. Estábamos allí sentadas y una de nosotras dijo: ‘Lo que sucedió esta noche es algo claramente lésbico; bueno, ya se sabe que es algo que pasa a menudo durante la pubertad.’ Lo constatamos en forma neutral: esa noche tan especial no se repetiría. Pero se repitió, y se repitió y se repitió. Prácticamente nos devoramos.”

Para superar esta primera experiencia sexual – “en la juventud una está mortalmente sola” – escribe sobre ello en su diario. Un día, cuando regresa a casa, ve como su madre lo está leyendo. “En ese momento la odié tanto, que la hubiera matado. ¡Era un abuso de confianza horroroso! Hubo una escena nocturna espantosa. Ese fue el motivo por el cual me separé de mi madre. Más tarde me dí cuenta que ella debería haber estado tremendamente desesperada y triste, que su hija deseada – yo había sido adoptada – incluso a través de esa relación sexual fuera de otra forma. Sexualidad era un tema que mi madre adoptiva excluía totalmente. Incluso antes de estos hechos yo no me sentía bien con ella, teníamos una gran cantidad de diferencias, por supuesto por diversos motivos. A menudo, y muy temprano – yo debía tener tres o cuatro años – me decía: ‘¡Si no eres una niña bien educada y buena, entonces te arrojó de mi lado!’ Esto me ha marcado ya en la niñez y para mí era claro que yo podía ir sólo dos caminos: Aferrarme a alguien para siempre de modo que no me pasara nada, o confiar sólo en mí misma, haciendo todo sola e independiente. Lo segundo fue lo que hice, claro que por ello debe pagarse. Pagar como ser humano.

Incluso mi madre tuvo que aceptar que no era posible que continuáramos viviendo bajo el mismo techo, entonces me mudé. Para entonces la historia con mi amiga ya pertenecía al pasado. Ruth, nuestra amiga común, había vivido toda la situación cabeceando, y podía comprobar que nuestra relación se terminaba ya que Margot tenía su primera experiencia con un hombre y restó heterosexual. Poco después fue la época en que vino la Gestapo y la prisión preventiva. Nosotras tres estuvimos dos veces por poco tiempo en prisión preventiva. Estas experiencias me han marcado. Mientras esperábamos ser interrogadas, pasaron arrastrando tres o cuatro camaradas del KJV, que estaban sangrando por los golpes; de este modo querían intimidarnos.”

En marzo de 1934 se realiza el proceso contra dos docenas de miembros del KJV en Hesse, entre otros también Elisabeth Leithäuser y sus dos amigas, a causa de supuesta preparación de crimen de alta traición.

“El comisario de la Gestapo que era responsable de nosotras hizo durante el proceso un juramento falso a nuestro favor con la cabeza erguida. Salimos por ello bien libradas y nos absolvieron. A mí me prohibieron la residencia en Cassel. Después de 1945 tratamos de encontrar al comisario para ayudarlo; sólo pudimos llegar a saber que originalmente había pertenecido a la sección de estafas matrimoniales en Colonia, luego parece ser que lo metieron en la Gestapo.”

Uno de los principales acusados del proceso, Willi Belz, ha descrito la acción de resistencia de los jóvenes de Cassel en forma detallada en el libro “Die Standhaften” (Los imperturbables).

Elisabeth Leithäuser deja la casa materna con 18 años y se muda a la casa de su amiga Ruth que vive con su padre. Poco tiempo después, en 1933, comienza una relación con un hombre que es veinte años mayor, y se muda con él a Francfort.

“Me resultaba raro que Anton reaccionara tan violentamente cuando yo estando una vez en la calle Kaiser en Francfort ví a una mujer muy atractiva. Le dije a él: ¡Mira, qué bien se la ve! Y posiblemente me dí nuevamente vuelta para volver a mirarla. En ese momento sonaron en su cabeza todas las sirenas de alarma. Más tarde me dijo que en ese momento pensó, si no sería lo mejor que yo regresara a Cassel, él ya había perdido una mujer que se fuera con otra y no deseaba repetir la experiencia. Pero él tuvo que vivirla nuevamente y fue tremendo, realmente horrible. Esto lo he podido comprobar durante toda mi vida: los hombres no pueden soportar cuando la mujer tiene una relación con otra mujer. Una relación seria, no solamente una

historia de sexo, en la que se puede hacer algo de a tres. Cuando es algo serio se sienten profundamente agraviados, mucho más profundamente que cuando pierden la amiga a causa de otro hombre.

Por aquel entonces me vi obligada a hacer un aborto, porque Anton aún estaba casado, yo tenía entonces diecinueve años. Todo fue muy difícil. Abortos son algo espantoso. No soy precisamente una super madre, pero es así como si te arrancaran un pedazo de tu alma. Después del aborto me fue malísimo, sólo podía vivir con somníferos. Mi relación con el hombre estaba muy perturbada, ¡y él siempre con sus exigencias pasionales!”

Por aquel entonces, 1933/34, comienza al mismo tiempo una relación con una mujer. Elga era siete años mayor que ella y era farmacéutica, justamente se habían conocido en su farmacia.

“Elga había ya tenido una relación importante con una mujer. Cuando yo la conocí estaba liada con un futuro farmacéutico, pero esa relación terminó por mi culpa. Entre nosotras existía una gran atracción humana. Para mí en las relaciones más importantes se trataba siempre de confianza mutua, cercanía, simpatía. Yo no quería simplemente ir a la cama con las mujeres, tenía además pretensiones intelectuales. Me había ocupado con el marxismo y por entonces había ya leído los grandes autores que más tarde fueran prohibidos. Contrariamente a Anton, Elga estaba siempre para mí presente, no en forma servil, pasiva o como esclava, de ninguna manera como él. La familiaridad natural – yo soy una mujer, ella es una mujer – es una base común que facilita la relación mutua, ¡y así continuó siendo toda mi vida! Y así se inició mi primera relación larga.

Para Elga y para mí comenzaron años espantosos porque Anton no quería ser de la partida. El llegó al abismo de su propia existencia interior. El poseía muchos talentos y yo le debo mucho; esto hacía la situación aún más difícil, si se hubiera tratado de un macho estúpido que sólo hubiera tenido hormonas en su cerebro sin que existiera nada más.

Elga sufría a causa de mi relación simultánea, – yo vivía junto con él – la aceptaba y lloraba. Finalmente en 1937 tuve un hijo de él. Podría haber abortado pero no quise. Cuando el niño nació me separé de Anton. Yo había trasladado al niño toda mi aversión contra él, mi aversión contra su histeria y la escenas espantosas y ruidosas que él me hacía, el despedazar documentos de identidad y todo eso. Por ello dejé al bebé durante tres años en un hogar para niños privado, en el cual había dado a luz.

Después lo traje conmigo y mi amiga. Luego de dos años comenzaron los ataques aéreos a Berlín y desde 1943 a 1945 lo dí, para su seguridad, a unos amigos antroposóficos en la Selva Negra. Nunca pude remediar las consecuencias de esos primeros años sin mí.”

En la primavera de 1938 Elisabeth Leithäuser se traslada definitivamente a Berlín donde Elga vive y trabaja desde hace un tiempo. Primeramente viven en un departamento amueblado de otras dos mujeres, en Wannsee en los alrededores de Berlín.

“Ellas también eran una pareja pero sobre la vida privada no hablábamos. Nosotras éramos muy discretas, pero al mismo tiempo no nos escondíamos y alguien con experiencia podía comprobar que estábamos muy unidas. Aún no habíamos pasado ocho días en dicho departamento en Wannsee, cuando justo regresábamos de la ciudad a casa, el departamento estaba todo revuelto porque la Gestapo había estado allí. A causa del proceso yo era conocida y durante el tiempo de los nazis fui citada varias veces. Yo era citada y tenía un miedo increíble. Recuerdo que en la calle Burg, donde también existía una sucursal de la Gestapo, la persona que me interrogaba trató de convencerme de hacer el trabajo de espía. El dijo: ‘Seguro, a Ud. le está prohibido residir en Cassel pero eso podría ser reducido, Ud. tiene aún sus dos amigas allí. ¿Sobre ello podríamos hablar?’ Una de mis amigas había regresado en 1942/43 nuevamente al grupo de resistencia y tenía las dificultades correspondientes. Le respondí: ‘Ud. sabe, lo del comunismo es un pecado de juventud mío, yo me he retirado totalmente de ello, tanto que he roto definitivamente la relación con mis amigas de entonces.’ A lo que él respondió: ‘Nosotros conocemos su vida privada, a Ud. y no sólo a Ud. ... Tenemos una lista de esas mujeres ...’ ¿Si él entonces dijo ‘lesbiana’? Lo creo. Estoy segura que ello me asustó muchísimo. Al reproche del lesbianismo no respondí. El dijo que yo había guardado silencio. Y eso era precisamente lo mejor que podía hacer. Por entonces yo vivía junto a Elga en un departamento y no era casada. La Gestapo estaba siempre allí durante esos doce años, aunque nosotros vivíamos relativamente tranquilas. Pero ellos podrían haber aparecido en cualquier momento.”

Poco tiempo después se mudan a una construcción moderna en el barrio de Charlotemburgo, “la casa tenía sótano de defensa antiaérea porque los nazis ya preparaban la guerra. En lo relativo a nuestra vida íntima en esa casa no teníamos ninguna dificultad. En el fondo por ello no teníamos nunca dificultades. ¿No se si eso

tendría que ver con el estatus social, o con la seguridad económica, que siempre le sucedía a los demás? ¿Pero cómo hubiera sido si nosotras fuéramos muy pobres o hubiésemos vivido en una casa de trabajadores, donde los hombres dejan más pronto libre sus agresiones? El contrato de alquiler estaba sólo a su nombre, porque era ella la que tenía mejor sueldo. Ambas éramos solteras; ella no ha hecho creer que tenía un prometido o que había la posibilidad de una boda. Nosotras pagábamos nuestro alquiler, parecíamos decentes y nos comportábamos decentemente. Cuando la farmacia estuvo en peligro de desaparecer a causa de un incendio, mi amiga que justamente tenía guardia nocturna, ayudó a apagar el fuego y recibió por ello una distinción. A causa de las inseguridades políticas por mi culpa, estábamos muy contentas de tenerla, la habíamos colgado al lado de la puerta, de modo que el guarda del barrio la pudiera ver de inmediato cuando estaba en la entrada.”

Desde que fuera puesta en libertad en 1934 vivía Elisabeth Leithäuser de trabajos de ocasión y del apoyo de su amiga. De Anton, que era escritor de programas radiales y que a causa de ella había recibido una prohibición de trabajo en radio Saarbrücken (Saarbrücken), había aprendido el “oficio para la radio”.

“Cuando llegué a Berlín yo hubiera podido sin mayores problemas comenzar a trabajar para la radio del Reich, donde buscaban con urgencia jóvenes mujeres con dotes para escribir, y reporteras; y dotada para escribir lo fui siempre. Entonces no lo hice, porque no lo quería. Mi compañera compartía mi opinión de no procurar entrar a trabajar en la radio del Reich. Durante los doce años de desocupación no hice ninguna concesión. Tomé trabajos provisorios, trabajé como secretaria por horas, porque de ninguna manera quería tomar un trabajo fijo.

Con mis tres patrones tuve mucha suerte. Yo había puesto un anuncio. El último estaba muy contento de tener a alguien que no fuera nazi, porque él mismo tenía contactos con la resistencia y era representante de una editorial geopolítica. En la correspondencia que yo por entonces escribía estaban los grandes nombres, por ejemplo Canaris, von Trott zu Solz y otros. Tuve otro jefe, que también se alegró de no tener una mujer nazi bajo sus órdenes. A él le conté además mi historia, una sentía en quien podía confiar y contar todo. Se desarrollaban sentidos especiales, instintos, se trata de alguien de la Gestapo, o se trata de personas con las que se podía hablar, nunca me equivoqué. Claro que había que tener cuidado. Luego del proceso me había dedicado únicamente a mi vida privada y no había hecho nada en

la política. En otoño de 1944 pude entrar en contacto con un grupo de la resistencia, organizado por Hermann Henselmann, un buen arquitecto que originalmente construía casas y que más tarde construiría el horrible bulevar Stalin en Berlín oriental. Yo me podría haber incorporado a ese grupo, pero tenía simplemente miedo. Miedo de ser nuevamente interrogada, miedo de caer nuevamente en prisión. Pero el no haber hecho nada, es algo que aún hoy no me puedo perdonar. No puedo decir que siempre viví sufriendo bajo el miedo, pero siempre estaba alerta y tenía motivos para ello, mi teléfono era vigilado.”

Elisabeth Leithäuser no se deja intimidar totalmente, ella visita el local Leibniz-Klause, uno de los pocos lugares de encuentros para lesbianas. Retrospectivamente ella supone que la Gestapo tenía conocimiento del local.

“En el tiempo de los nazis – creo que era ya durante la guerra – existía un local para mujeres, la Leibniz-Klause; el local existe aún hoy. De tiempo en tiempo yo iba allí. La responsable era Roy, una mujer de cabellos rubios cortos. Roy era totalmente unívoca. Era claramente un local para lesbianas. Afuera no estaba escrito pero naturalmente había corrido la noticia. Era un local pequeño y tranquilo. Una vez conocí allí a una mujer, era una persona pequeña pero musculosa y fuerte con cabellos cortos, que llevaba un tapado de cuero gris largo y que muy abiertamente decía que ella trabajaba para la Gestapo. Esto era para mí exitante, una excitación negativa. Estuve dos o tres veces junta con esa mujer, lógicamente no le conté nada sobre mí. Es posible que la Gestapo haya sabido del local y que lo hayan soportado. Al fin y al cabo allí conocí esa mujer de la Gestapo. Quizás se decían, la mantendremos bajo control y quizás también tenía algo que ver con el asunto de la lista, de la que había hablado el hombre de la Gestapo.”

En 1944 Elisabeth Leithäuser y Elga se separan amistosamente. Elga se muda con su nueva amiga a los alrededores de Potsdam y Elisabeth vive junta con Brigitte, que en la calle Giesebrecht tenía un departamento grande. En abril de 1945 ella abandona a Brigitte – “a pesar de que nos habíamos puesto de acuerdo de vivir juntas la caída del nazismo. Brigitte y yo habíamos hablado de cómo enfrentar el problema de las violaciones y de cómo debíamos comportarnos. Pero yo la dejé abandonada. Porque de pronto apareció ante mi puerta Conrad, uno de mis hombres, y pensamos es una señal de Dios. Totalmente bajo tiros, pasando al lado de cadáveres, en abril de 1945 en una clara sicosis de guerra nos casamos; era claro que no funcionó, catorce días más tarde yo regresé a casa de Brigitte. Pero

nuestra relación no se pudo recuperar de ese golpe. Fue exclusivamente mi culpa, algo así no se debe hacer. Esta es una de las pocas cosas que no me puedo perdonar a mí misma.”

El 8 de mayo de 1945 se transformó para Elisabeth Lethäuser en el día más feliz de su vida. Rápidamente se transforma en redactora de la radio de Berlín bajo licencia rusa, más tarde para la RIAS, la radio de Berlín bajo licencia de los EE.UU., realiza trabajos publicitarios para la prensa, y colabora con diarios de Berlín y Alemania Occidental. Con cincuenta y siete años cambia de profesión y asume la dirección de una casa de rehabilitación síquica. (Las condiciones para ello las había adquirido por medio de asistencia a la universidad durante los doce años del régimen nazi.) Con su trabajo para el movimiento feminista autónomo comienza su “tercera vida”. Elisabeth Leithäuser muere en julio de 2004.

© Claudia Schoppmann (Berlin 2005)

Elena Terson de Paleville (Traducción, Bonn 2005)

Texto y fotografía: (1937) de Claudia Schoppmann: Zeit der Maskierung. Lebensgeschichten lesbischer Frauen im „Dritten Reich“. Berlin: Orlanda Frauenverlag 1993

Publicación Online en internet con la autorización de la editorial.

Propuesta de cita

Autora apellido, autora nombre año: texto.

Ingeborg Boxhammer/Christiane Leidinger: proyecto online Historias Lésbicas. traducción de traductora nombre apellido (año)

URL:<<http://www.lesbengeschichte.de>>.